

dadela. Nos hallábase en Battambang, donde como en todas partes, era un sacerdote francés el que venia á ofrecernos hospitalidad. Reciba M. Sylvestre la espresion de mi gratitud por su benévola acogida y por el auxilio que ha prestado á mis investigaciones de naturalista y arqueólogo.

Hace cerca de un siglo que la provincia de Battambang se halla sometida al Siam. Muchas veces ha intentado sublevarse y hasta entregarse á los anamitas que hace cosa de veinte años se habian apoderado de todo el Cambodge; pero fueron rechazados por los siameses hasta mas allá de Penom-Penh. Desde entonces el Cambodge no ha sufrido ningun otro ataque de los cochinchinos, pero ha quedado tributario del Siam.

Sin la guerra que hace dos años sostienen contra el imperio de Anam los franceses auxiliados por los españoles, es probable que habria ya sonado la última hora para el pequeño reino de Cambodge, cuyo destino poco dudoso es estinguirse y ser absorbido por los pueblos vecinos.

Todas las habitaciones construidas en las márgenes de aquel riachuelo están rodeadas de bellos platanales, y parecen como perdidas en medio del ancho follaje de los plátanos y del intenso verdor de soberbios mangos.

La mayoría de la poblacion de Battambang es cambodgiana. Los labradores tienen sus arrozales á espaldas de sus moradas, y aunque sometidos al extranjero hace cerca de un siglo, han conservado los usos y costumbres de su pais. El gobierno actual, por una política hábil, les deja toda la libertad que reina en Cambodge, y les exime de los impuestos y cargos que arruinan á las demás provincias. Este favor crea una prosperidad relativa en Battambang, cuyos habitantes gozan de cierto bienestar que se nota á primera vista. La vida es allí extraordinariamente barata. La ciudad actual no data sino de la época en que se apoderaron de la provincia los siameses, pues la antigua ciudad estaba situada 3 leguas mas al Este, en la orilla del rio que han atajado torciendo su curso.

Todos los antiguos habitantes fueron entonces conducidos á Siam y á Laos, de suerte que la nueva poblacion está formada de gente venida de Penom-Penh, de Udong y de otros puntos del Cambodge.

Los battambaneses, cualquiera que sea su origen, son verdaderos siameses por su afición al juego y á las diversiones mas pueriles. Les gustan sobre todo las carreras de caballos que se celebran anualmente, y en las cuales se permiten apuestas que ascienden algunas veces á 11 naines (cerca de 1,100 francos), suma muy considerable para aquel pais. Con jaquitas de una velocidad extraordinaria se hace la caza de los gamos y de los búfalos. Lanzados á escape en la lla-

nura, aquellos caballos adelantan á los animales silvestres de mas rápida carrera, lo que permite á los cazadores matarlos con la pica. Se hacen tambien apuestas considerables en las riñas de gallos y galápagos. Estas últimas son muy curiosas: dos galápagos son colocados entre dos tablas, donde quedan encerrados en un espacio estrecho; otra tabla á manera de tabique separa un galápago de otro, de modo que avanzando al mismo tiempo hácia la única salida que se les deja, ninguno de los dos puede salir de la caja si uno de ellos no retrocede. Entonces se coloca encima de la concha de cada uno de ellos un hornillo de arcilla, y se pone en el dorso de los animales una ascua que se atiza con un abanico. Apenas el calor empieza á calentar las carnes, las pobres bestias hacen todos los esfuerzos posibles para evadirse y se lanzan á la abertura hasta que la mas débil, estenuada por sus esfuerzos, concluye por ceder.

La provincia de Battambang está sembrada de ruinas de una época desconocida, que forman alrededor de la estremidad setentrional del gran lago un semicírculo inmenso, que empezando en los manantiales del riachuelo de Battambang, se prolonga y se pierde en los bosques desiertos que se estienden al Este, entre el Touli-Sap y el Mekong. En todo aquel trayecto el viajero encuentra á cada paso vestigios irrecusables de un imperio caído y de una civilización desvanecida.

En los alrededores tambien de Battambang se encuentran los monumentos de *Baseta*, *Banona* y *Wat-Ek*.

Hemos visitado á Baseta dos veces distintas, antes de ir á Ongkor y á nuestro regreso; pero todo lo que hemos podido traernos es el dibujo de un bajo-relieve perfectamente conservado y esculpido sobre un pedazo de asperon de 1 metro y 50 centímetros de largo, que forma el dintel de la puerta de una torre de ladrillos.

Todo el monumento ha sido de tal modo maltratado por el tiempo, que su vista hace pensar en un enemigo envidioso que se ha complacido en estropearle y demolerle. Una vegetación escesivamente espesa, abrigo de animales temibles, lo ha invadido todo, y apenas se puede creer que la sola mano del hombre haya sido suficiente para causar un destrozo semejante al que allí se nota, sin que haya tambien contribuido á la catástrofe un terremoto.

Debajo del suelo han desaparecido galerías de las cuales se ven aun basamentos hechos trizas á mas de 2 metros sobre el nivel del terreno actual y del de las partes del monumento que han quedado en pie.

El único edificio cuya base permanece aun intacta es uno de 25 metros de largo sobre 6 de ancho, dividido en dos por una pared interior y cuyos extremos tienen la forma de una torre.

Dicho edificio es todo de asperon labrado. El exterior ofrece vestigios de bellas esculturas, frontones de puertas y cornisas de un trabajo que iguala al de los mas antiguos monumentos de Ongkor. Las paredes interiores no están labradas, pero apenas hay piedra alguna que no lleve el sello del pico y del martillo.

Las ventanas tenían barrotes torneados de que solo quedan uno ó dos trozos.

Los objetos representados en los dinteles de las puertas de las demás torres y de los edificios derrumbados son: un personaje de larga barba, que está sentado, lleva un gorro cónico muy alto, y tiene las manos apoyadas en el pomo de un puñal ó colocadas una encima de otra, un elefante de cuatro cabezas, y algunas otras figuras fantásticas.

Algo mas allá se notan magníficas columnas, algunas de ellas aun en pie, otras inclinadas, otras caídas enteramente, puertas cuyo dintel es lo único que se eleva sobre el terreno, montones de piedras talladas, torres casi enteramente derruidas, paderones de galerías, y por último, una magnífica fuente seca de 18 metros cuadrados, que tiene aun 2 de profundidad, con escaleras laterales formadas de concreciones ferruginosas que ocupan todo lo ancho del pylon.

La tradición hace de Baseta un palacio de placer en que los soberanos del pais se solazaban.

Battambang es de origen bastante reciente. Hace apenas un siglo que alrededor de las ruinas de Baseta se agrupaba una numerosa poblacion cambodgiana que ha desaparecido enteramente á consecuencia de las frecuentes guerras que el pais tuvo que sostener contra Siam.

Los habitantes de aquella provincia fueron conducidos cautivos por los vencedores, que poblaron con ellos varias partes desiertas de su pais.

Así es que en Siam y en Laos se ven provincias enteras, cuyos habitantes son en su mayor parte de origen cambodgiano.

Toda la economía política del Oriente moderno se reduce casi á despoblar una provincia para poblar otra. Paralizado por la molición y la servidumbre, duerme con indiferencia sobre las ruinas del Oriente antiguo, ruinas mudas, que nada dicen, que no tienen elocuencia, ni encierran lecciones sino para los hijos de Occidente.

Remontando el rio de Battambang por espacio de 12 á 13 leguas, en la dirección del Sur, se llega á uno de los primeros montes desprendidos de una de las ramificaciones de la gran cordillera de Pursat. A sus pies hay una miserable pagoda de origen reciente; en las inmediaciones se hallan dispersos algunos lugarejos, y en la aplanada cima del mismo monte se encuentra el monumento arruinado de Banone. Ocho torres están eslabonadas por medio de galerías

y se comunican por los dos lados por medio de una tapia ó terraplen con una torre central que tiene mas de 8 metros de diámetro y 20 de elevación.

El edificio está á pie llano, es de asperon, y debe remontarse á la misma época que Baseta. Aunque nada ofrece que sea particularmente notable, lo que ha quedado en pie de las torres y de las galerías indica un trabajo imponente, mucho gusto en el conjunto, habilidad en la construcción y arte en los pormenores. Este monumento, como todos los de la provincia de Ongkor contrasta por la naturaleza de los materiales con las construcciones de ladrillos y loza de la arquitectura siamesa, y por su suntuosidad con los frágiles y pueriles monumentos del arte chino.

Banone era sin duda un templo. Aun se ven en el patio central y en las dos torrecillas opuestas que se hallan enlazadas por medio de una galería un gran número de enormes ídolos búdicos, probablemente tan antiguos como el mismo edificio, rodeados de una infinidad de otras pequeñas divinidades que datan al parecer de todas las épocas.

Al pie de un monte próximo se encuentra una profunda gruta de elevadas y sombrías bóvedas, formada de rocas calizas de que penden bellas estalactitas. No se penetra en ella sino trepando por una subida de algunos metros. Como el agua que sale de las estalactitas es una agua sagrada segun los cambodgianos, que la atribuyen, entre otras virtudes y propiedades, la de dar á conocer el tiempo pasado, el presente y el porvenir, reflejándose en ella como en un espejo la imagen de todos los tiempos, los devotos la visitan aun de cuando en cuando en romería para pedir á dichas aguas que les vuelvan la salud ó que les permitan adivinar su suerte ó la del pais, y tambien para dirigir algunas preces á los numerosos ídolos que se encuentran en las tortuosidades de las rocas ó acumulados en el suelo.

El templo de Wat-Ek se encuentra en dirección opuesta á la de Banone, á 2 leguas de Battambang. Es un edificio bastante bien conservado, probablemente de la época del anterior.

XVIII.

Provincia de Ongkor.—Nociones preliminares.—Ongkor.—Ciudad, templo, palacio y puente.

Después de haber visitado las ruinas de que acabamos de hablar, el 20 de enero, al rayar el alba, M. Sylvestre y yo partimos para Ongkor, situada al Nordeste del lago, y el 22 llegamos á la embocadura de un pequeño rio que en la estación de las lluvias hubiéramos podido remontar hasta cerca de la nueva ciudad.

A 2 millas mas arriba de su embocadura, dejamos nuestra barquichuela para seguir durante poco mas

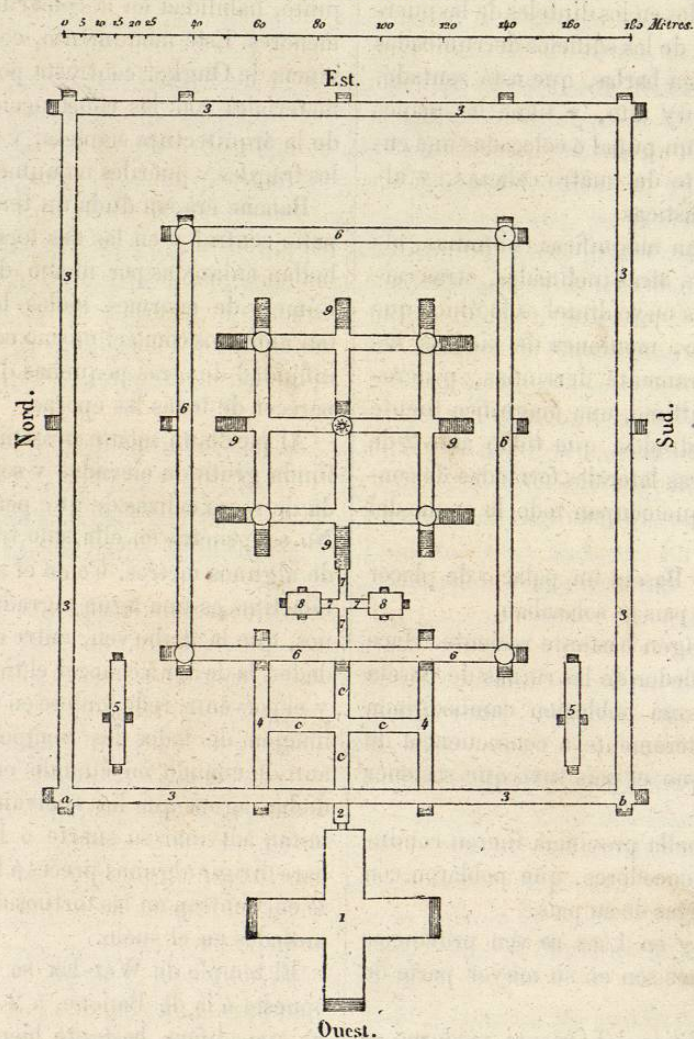
de una hora una antigua calzada todavía practicable, y atravesamos una llanura árida, sin árboles, arenosa y cubierta de altas yerbas.

Al Sur está limitada dicha llanura por la cadena de montañas de Somrais, que es una ramificación de

la de Korat; al Oeste por el bonito monte Chromo, en cuyas inmediaciones se ve desde lejos una alta torre de piedra. Esta y la calzada son los primeros vestigios que se encuentran de la antigua civilización de aquellos lugares.

PLANO DEL TEMPLO DE ONGKOR.

ESCALA EN METROS.



1 Esplanada en forma de cruz que comunica con el pórtico de entrada.—2 y 3 galería exterior.—4 y e peristilo entre las dos galerías.—5 pabellones.—6 galería interior.—9 Terrazo elevado que sostiene el pabellón central.

Al llegar á Ongkór, hicimos alto en un pequeño parador medio destruido por los viajeros de todas clases, que han arrancado toda la madera que han podido para cocer su arroz. El cambodgiano no es hospitalario, no admite sino muy rara vez á un extranjero en su casa; y si lo admite, es por un tiempo muy limitado, contra la costumbre de los países vecinos.

Nokhor ó Ongkor, era la capital del antiguo reino de Cambodge, ó de Khmer, tan famoso en otro tiempo entre los grandes Estados de la Indo-China que la sola tradición que se conserva aun en el país refiere

que contaba ciento veinte reyes tributarios, un ejército de cinco millones de soldados, y que los edificios del tesoro real cubrían un espacio de muchas leguas.

En la provincia que ha conservado el mismo nombre y que está situada al Este del gran lago de Touli-Sap, hácia los 14° de latitud y los 102° de longitud al Oriente de París, se encuentran ruinas tan imponentes, fruto de un trabajo de tal modo prodigioso, que á su presencia queda uno sobrecogido de la mas profunda admiración, y se pregunta dónde está aquel pueblo poderoso, civilizado é ilustrado á quien se pueden atribuir aquellas obras gigantescas.

Una de aquellas sobre todo, que figuraría con honor al lado de nuestras mas bellas basílicas, y que escede por lo grandioso á cuanto nos ha legado el arte de los griegos y de los romanos, forma un contraste asombroso y triste con el miserable estado de barbarie en que están sumidos los pocos descendientes que aun quedan de aquel gran pueblo.

Desgraciadamente el tiempo que nada respeta y las invasiones de bárbaros procedentes de todos los puntos del horizonte, y últimamente de los siameses modernos, y tal vez tambien los terremotos, han echado abajo la mayor parte de aquellos suntuosos monumentos. Y la obra de destrucción continúa contra los que quedan aun en pie, imponentes y ma-



Armas, ornamentos y utensilios esculpidos en las paredes de Ongkor-Wat usados todavía en el Cambodge y en las tribus de las montañas.

gestuosos, al lado de montones de escombros, y en vano se buscan mas recuerdos históricos de todos los reyes que han debido sucederse en el trono del augusto reino de Maha-Nokhor-Khmer, que el de un rey leproso al cual algunos atribuyen la fundación del gran templo. Todo lo demás está completamente sepultado en las tinieblas del olvido. Las pocas inscripciones que cubren ciertas paredes son indescifrables para los literatos del país, y cuando se interroga á los indígenas acerca de los fundadores de Ongkor-Wat, dan invariablemente una de estas cuatro respuestas: «Es la obra del rey de los ángeles, Pra-Enn,» ó bien: «es la obra de los gigantes,» ó bien: «estos edificios se deben al famoso rey leproso,» ó en fin, «se han creado ellos mismos.»

¡Un trabajo de gigantes! La expresión sería indudablemente justa si se emplease en sentido figurado

para espresar lo prodigioso de aquellas obras de que solo viéndolas es posible formarse una idea exacta, y en que la paciencia, la fuerza y el genio del hombre se han escedido al parecer á sí mismos para confundir la imaginación y dejar pruebas de su poder á las generaciones futuras.

Es sin embargo digno de notarse que ninguno de aquellos monumentos parece que ha sido creado para servir de habitación. Todos llevan al parecer el sello de las ideas del budismo. En el mismo palacio las estatuas y los bajo-relieves no representan sino objetos exclusivamente civiles ó religiosos, una comitiva de reyes rodeados de sus mujeres, con la cabeza y el cuerpo cargados de adornos, tales como brazaletes y collares y sin mas vestidos que un estrecho languti ó tapa-rabos.

En todas partes se descubren montones de ruinas

de porcelana y de barro, muchos adornos, instrumentos de hierro, pedazos de plata, parecidos á los que se usan como moneda en Cochinchina llamados *naines*, pero mucho mayores.

Los *naines* actuales pesan 378 gramos.

Lo que ha podido hacer escoger aquella localidad con preferencia á otras tal vez mas ventajosas, bajo muchos aspectos, es sin duda la posicion central que ocupa, pues el guijo de oro cuya existencia hemos reconocido en una roca de cuarzo de las cercanías no debe entrar sino por muy poco en la eleccion, ó á lo menos yo así lo presumo.

Aunque sin la menor pretension arquitectónica ni arqueológica, procuraré describir lo que he visto y sentido en Ongkor, únicamente con la esperanza de contribuir, según mi escasa capacidad, á llamar sobre una nueva escena la atencion de los sabios que hacen del Oriente el objeto de sus estudios especiales.

Empezaremos nuestro estudio por el templo de Ongkor, que es el mas bello y sobre todo el mejor conservado de todos aquellos monumentos, y es además el primero que sonríe al peregrino, que le hace olvidar las fatigas del viaje, que le llena de admiracion y le infunde una alegría mucho mas viva aun que la que produce el mas delicioso oasis en medio del desierto. Súbitamente, y como por encanto, el viajero se cree transportado desde la barbarie á la civilizacion, desde las mas profundas tinieblas á la luz mas esplendorosa.

Antes de ir mas lejos, sentimos la necesidad de expresar aquí nuestra profunda gratitud al digno misionero de Batambang, el abate M. E. Sylvestre, el cual, con una condescendencia sin límites y un ardor infatigable, se dignó acompañarnos desde su residencia, y guiarnos en medio de los espesos bosques que cubren una parte de las ruinas: debémosle por tanto la dicha de haber recogido un buen número de materiales en muy poco tiempo.

Cuando de Battambang pasamos á Ongkor, despues de haber cortado el gran lago desde una á otra de las embocaduras de los rios que atraviesan aquellas dos localidades, nos metimos en un rio que en la estacion de la sequía se remonta por espacio de 2 millas, y se llega despues á un punto en que se ensancha algun tanto y forma un pequeño estanque natural que hace las veces de puerto. Desde allí una calzada de tierra, bastante elevada, practicable aun, y que se estiende hasta el límite que las aguas alcanzan en el período de la inundacion anual, es decir, en un espacio de 3 millas, conduce á Ongkor la nueva, aldea insignificante, capital de la provincia actual situada á 15 millas Nor-Noroeste de las márgenes del lago.

El virey de la provincia de Battambang se hallaba en Ongkor en el momento de nuestra visita. Acababa

de recibir del gobierno siamés la orden de trasladar á Bangkok uno de los monumentos mas pequeños, pero al mismo tiempo mas bellos de Ongkor.

Hallamos en la persona del gobernador de Ongkor un hombre mucho mas afable y mucho mejor educado bajo todos aspectos que el de Battambang. Le ofrecí por todo regalo una pastilla de jabon, y Monsieur Sylvestre le dió dos láminas litografiadas que representaban militares franceses, y nos captamos inmediatamente las simpatías de su escelencia.

Se me acercó y me pasó la mano por la barba con una especie de admiracion.

—¿Qué haria yo para que creciese la mia como la vuestra? me dijo. Me alegraria de tenerla. ¿No conoces un medio para hacerla salir?

Por último nos ofreció un carromato para llevar nuestros equipajes á Ongkor-Wat, y una carta recomendándonos al jefe del distrito y ordenándole que nos facilitase cuanto le pidiésemos. Al dia siguiente nos pusimos en camino. Atravesamos la capital moderna que cuenta poco mas de 1,000 habitantes, todos labradores, y en cuyo extremo se encuentra un fuerte de 1 milla cuadrada, que consiste en una muralla almenada, formada de hermosos fragmentos de concreciones ferruginosas sacadas de las ruinas. Despues de tres horas de marcha por un sendero cubierto de polvo y arena fina que atraviesa un espeso bosque, nos hallamos de repente en una hermosa esplanada empedrada con inmensas piedras bien unidas entre sí y rodeada de bellas escaleras que ocupan toda su anchura y que tienen en cada uno de sus cuatro ángulos dos leones esculpidos en el granito.

Cuatro anchas escaleras permiten penetrar en la plataforma.

Desde la escalera del Norte, que hace frente á la entrada principal, se sigue, para llegar á esta, una calzada que tiene 200 metros de longitud y 9 de anchura, y que está embaldosada con anchas piedras de asperon y sostenida por paredes escesivamente gruesas.

La calzada atraviesa un foso muy ancho que rodea el edificio, y cuyo revestimiento, que tiene 3 metros de alto y 1 de grueso, está tambien formado de moles de concreciones furruginosas, á escepcion de la última hilada, que es de asperon, teniendo cada piedra el mismo grueso que la muralla.

Estenuados por el calor y por una marcha penosa en un terreno movedizo, nos disponíamos á descansar á la sombra de los corpulentos árboles que se levantan en la esplanada, cuando, volviendo los ojos hácia el Este, quedé como petrificado por la admiracion y la sorpresa.

Mas allá de un ancho espacio libre de toda vegetacion selvática se levanta y prolonga una inmensa columnata, con un remate abovedado y coronado por

cinco erguidas torres. La mayor domina la entrada, y las otras cuatro los ángulos del edificio; pero todas están agujereadas en su base, á manera de arcos de triunfo. Sobre el profundo azul del cielo, sobre el intenso verdor de los bosques del último término de aquella soledad, aquellas grandes líneas de una arquitectura á la vez elegante y magestuosa me parecieron á primera vista los gigantescos contornos de la tumba de toda una raza muerta.

Las ruinas de la provincia de Battambang, aunque espléndidas, no pueden dar una idea de estas, ni siquiera dejan suponer nada parecido.

En efecto, ¿es posible imaginarse todo lo mas bello que ha podido edificar el arte arquitectónico, transportado á la profundidad de aquellos bosques, en uno de los países mas atrasados del mundo, salvaje, desconocido, desierto, en que á cada paso se encuentran las huellas de las fieras y no se oyen mas que los rugidos de los tigres, los roncós gritos de los elefantes y los bramidos de los ciervos?

Un dia entero pasamos recorriendo aquellos lugares, y fuimos marchando siempre de una en otra maravilla, en un estado de éstasis siempre creciente.

¡Cuánto quisiera estar dotado de la pluma de un Chateaubriand ó de un Lamartine, ó del pincel de un Claudio de Lorena, para dar á conocer á los amigos de las artes cuán bellas son y grandiosas aquellas ruinas tal vez incomparables, desgraciadamente únicos vestigios de un pueblo que ya no existe y cuyo nombre mismo, como el de los grandes hombres, artistas y soberanos que lo han ilustrado, quedará probablemente sepultado para siempre bajo el polvo y los escombros!

He dicho ya que una calzada que atraviesa un ancho foso revestido de un muro de sostenimiento muy grueso conduce á la columnata, la cual no es mas que una entrada, pero una entrada digna del gran templo. De cerca, la belleza, la perfeccion y la grandeza de los accidentes superan en mucho aun al efecto gracioso del cuadro visto de lejos y al de sus líneas imponentes.

A medida que el transeunte se aproxima, en lugar de una decepcion experimenta una admiracion y un deleite profundos. Ve primero bellas y altas columnas cuadradas ó pilastras de una sola pieza; pórticos, capiteles, techos redondeados, compuestos todos de grandes moles admirablemente labradas; talladas y esculpidas.

A la vista de aquel templo, el espíritu se turba, la imaginacion se exalta; el hombre contempla, admira, se siente sobrecogido de respeto, no se atreve siquiera á hablar, no habiendo palabras para ensalzar una obra que no tiene tal vez equivalente en el globo, y con la cual solo habria podido rivalizar el templo de Salomon.

Verdad es que el oro y los colores han desaparecido casi completamente del edificio, del cual ya no quedan mas que las piedras; ¡pero qué piedras tan elocuentes! ¿qué no dicen ellas del genio, de la fuerza, de la paciencia, del talento, de la riqueza y poder de los «kmer-dom» ó cambodgianos de otros dias?

¡Cuán sublime seria el genio del Miguel Angel de Oriente que concibió una obra semejante que con tan admirable arte coordinó todas sus partes, que vigiló su ejecucion y obtuvo desde la base á la cúpula una perfeccion en los pormenores digna del conjunto, y no satisfecho aun, buscó al parecer dificultades para tener la gloria de vencerlas y confundir el entendimiento de las generaciones venideras!

¿Qué fuerza ha levantado aquel número prodigioso de piedras enormes hasta las partes mas elevadas del edificio, despues de haberlas sacado de las montañas lejanas, cuadradas, labradas y esculpidas?

Cuando al ponerse el sol mi amigo y yo recorriamos lentamente la magnífica calzada que une la columnata al templo, ó sentados delante del soberbio monumento principal, considerábamos, sin cansarnos jamás de verlos y hablar de ellos, aquellos gloriosos restos de una nacion ilustrada que ya fue, experimentábamos aquella especie de veneracion y santo respeto que se siente cerca de los hombres de gran genio ó en presencia de sus creaciones.

Pero viendo por un lado el estado de profunda barbarie de los cambodgianos actuales, y por otro las pruebas de la civilizacion avanzada de sus antepasados, no podia figurarme á los primeros sino como los descendientes de los vándalos, cuya rabia se habia cebado mas en las obras del pueblo fundador que en la posteridad de éste.

¿Qué no habria yo dado para poder evocar entonces una de las sombras de los que descansan bajo aquella tierra, y oír la historia de su larga era de paz y la de sus desventuras? ¡Cuántas cosas hubieran revelado que permanecerán eternamente sepultadas en el olvido!

Aquel monumento, como puede verse por el plano que representamos en un grabado, el cual dará de él una idea mas clara que la descripcion técnica mas circunstanciada, se compone de dos cuadros de galerías concéntricas y cortadas en ángulo recto por avenidas que terminan en un pabellon central, coronamiento del edificio, santo de santos, para el cual parece que el arquitecto religioso reservó los pormenores mas esquisitos de su ornamentacion. En aquel tabernáculo rinden culto á una estatua de Buda, mandada construir por el actual rey de Siam, algunos pobres talapinos que se hallan desparramados por el bosque inmediato, y de cuando en cuando se postran á sus pies algunos peregrinos devotos. ¿Pero qué significan semejantes devociones comparadas con las solempnida-